

tentación de trazar un paralelismo político entre las genealogías reyista y paziana, que sin duda influirían en dos de los pensadores más importantes de nuestras letras.

PATRICIA ORTIZ FLORES  
*Instituto de Investigaciones Filológicas*

#### BIBLIOGRAFÍA:

*Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes 1922-1959*, ed. de Fernando Curiel, México: El Colegio Nacional/El Colegio de México, 1994 (Serie Literatura Mexicana. Cátedra Torres Bodet, III).

STANTON, ANTHONY. "Octavio Paz, Alfonso Reyes y el análisis del fenómeno poético". *Hispanic Review* LXI.3 (1993): 363-377.

—. *Literatura Mexicana* II.1 (1991): 23-55.

Fernando Curiel. *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. México: UNAM, 1998.

El libro de Fernando Curiel, dedicado al Ateneo de la Juventud, es en muchos aspectos un libro desconcertante, y por ello mismo sumamente enriquecedor.

Supongo que quienes se hayan interesado alguna vez por el movimiento cultural que estudia *La Revuelta* se habrán extrañado ante la periodización propuesta por el autor: 1906-1929. Sobre este problema volveré en un momento. Antes de abordarlo, quisiera detenerme en otro desconcierto, más primordial si se quiere, por cuanto surge de la forma y el estilo de la exposición. Me preparé para leer un libro de historiografía literaria, desapasionado y austero, que me iba a informar con toda precisión acerca de un movimiento literario y cultural del que no sabía demasiado, pese a su renombrada importancia para las letras mexicanas... Era, pues, la ocasión propicia para colmar una inexcusable laguna. Sin embargo, apenas empecé a leer, bien preparado ese ánimo dócil, comprendí que iba por muy mal camino, y que *La Revuelta* no me iba a dejar tregua.

La forma del "reportaje crítico" ideada por Fernando Curiel no consiste tan sólo en una modalidad investigativa: es también una forma de

exposición destinada a involucrar al propio lector en el proceso de investigación, confrontándolo a cada paso con las innumerables preguntas, las dudas, las opciones eventuales, y las decisiones últimas del investigador ante la materia proteica que tiene entre manos. Antes que de resultados incontrovertibles —“objetivos”—, el “reportaje crítico” de Fernando Curiel da cuenta de un proceso, sin duda orientado, pero atento, ante todo, al desafío y a la aventura intelectual que, de hecho, entraña cualquier investigación.

Hacer al lector copartícipe de este desafío y esta aventura, reemplazando la ilusión de la representación del pasado “tal como fue” por una suerte de hermenéutica de las preguntas, tiene no pocas implicaciones. Rompe deliberadamente con los supuestos de la tradición historiográfica positivista, con su inmovilización del pasado en un tiempo y un espacio definitivamente cancelados y superados, sin continuidad alguna con el presente; y se desliga también de la concepción de este presente como ruptura inaugural, destinada a dejar atrás los lastres de un pasado definitivamente muerto. Al reabrir el pasado, poniéndolo nuevamente en movimiento e interrogándose a la par acerca de las perspectivas y las modalidades de la propia re-configuración de este mismo pasado, Fernando Curiel restablece con claridad y firmeza el ámbito y la orientación del quehacer humanístico: devuelve al presente su carácter de presente histórico, asentando al mismo tiempo el hecho de que no hay pasado sino para un presente. En otras palabras, entiende los lazos oblicuos, y a menudo equívocos, entre las diferentes tiempos que configuran nuestras experiencias como lazos recíprocos, aunque no por ello meramente especulares. Y a las Humanidades encarga la dilucidación, la creación y la re-creación imaginativas de estos lazos recíprocos, el esfuerzo de “autognosis nacional profunda —ese espejear lo porvenir en lo pasado—” (12) que orienta las interrogantes de su propia investigación.

En este marco, no se trata tanto de examinar en qué forma nuestro pasado sigue determinando y lastrando nuestro presente, cuanto de convertir a este pasado en un auténtico espacio de experiencia, capaz de iluminar y encauzar nuestras expectativas presentes y de mantener vivos, escudriñándolos y recreándolos, los vínculos solidarios entre las distintas generaciones que han contribuido a la cimentación de lo que el autor llama “una cultura intelectual”.

Por “cultura intelectual”, el autor entiende el conjunto de “maneras, tácticas, autodefiniciones, polémicas, discursos, representaciones y fantasías colectivas que practica, en un ámbito determinado y a lo largo de una temporalidad considerable, una camarilla de escritores, pensadores, artistas e intelectuales aficionados” (12). Aunque la categoría se “aplica

como un guante al puñado ateneísta”, es lo suficiente amplia y flexible como para abrir paso a una exploración abierta y desprejuiciada de las formas en que el mencionado grupo ha contribuido a la *mise en place* de dicha forma de “cultura intelectual”, acaso vigente todavía e inscrita por lo tanto en el largo plazo de las mentalidades.

Esta exploración abierta y desprejuiciada toma entonces la forma de aquel “reportaje crítico”, que busca apoyarse en las fuentes documentales más diversas, apegarse a los datos, rehusándose a la construcción *a priori* de hechos y acontecimientos. Antes que interpretar con miras a la verificación de hipótesis previas, Curiel busca, husmea, sugiere eventuales relaciones de sentido, y lejos de concluir devuelve las preguntas a su lector. Todo ello se traduce en una forma de exposición deliberadamente fragmentaria, en la cual los títulos de los apartados —que apelan a los registros del lenguaje coloquial, no propiamente escrito o académico— sirven de pauta para la orientación y el divertimento del lector.

Ahora bien, el carácter abierto de la búsqueda y la fragmentación deliberada del texto no conllevan la ausencia de decisiones por parte de quien nos convida a compartir su aventura intelectual. Estas decisiones, claramente expuestas y justificadas, atañen principalmente a la periodización, a la delimitación, inclusión o exclusión de las manifestaciones del llamado movimiento ateneísta, y a sus integrantes. Para ello, el autor se apoya fundamentalmente en las propuestas de quienes lo antecedieron en la tarea de indagar acerca de la naturaleza del fenómeno ateneísta. Propuestas que, sea dicho de paso, han de entenderse también como parte constitutiva de la configuración del movimiento bajo escudriño.

De Gabriel Zaid, al autor recoge la preocupación por el poder cultural o, mejor dicho, por la cuestión del poder en la cultura; de Alfonso García Morales, la reflexión acerca de la dimensión “institucional” del movimiento y las corrientes literarias y filosóficas que lo atraviesan; y de Álvaro Matute, la atención cuidadosa a los sujetos y protagonistas del movimiento. Estas tres aproximaciones conceptuales, que conllevan también tres maneras distintas de inscribir el movimiento ateneísta en el tiempo y el espacio —el corto, el mediano y el largo plazo— sirven de pauta para una exploración, no por incluyente y abarcadora menos puntual y minuciosa. Curiel opta deliberadamente por la temporalidad larga, que las fechas en las cuales enmarca el movimiento sólo expresan a medias. Y ello, por cuanto coloca al movimiento bajo el signo inequívoco de la aparición del *Ariel* de Rodó en 1900, y por cuanto encuentra que las formas de la cultura intelectual asentadas por el ateneísmo permanecen activas en la cultura intelectual del México contemporáneo.

Las muchas miradas transversales, y las diferentes temporalidades que estas mismas miradas implican, no impiden, sin embargo, ubicar al movimiento como tal en una temporalidad propia, producto del entrecruzamiento de factores tanto histórico-políticos como culturales y literarios. Este entrecruzamiento sutil coloca al movimiento entre las dos vanguardias literarias y culturales de la primera mitad de este siglo, y en una trayectoria —“ideológica” si se quiere—, cuyo movimiento consiste en partir de “las armas de la crítica” para llegar a “la crítica de las armas”. Desde el punto de vista historiográfico, el valor de esta forma de conceptualización consiste en sacar al movimiento ateneísta del marco estrecho de las postrimerías del Porfiriato, y en convertir a este mismo movimiento en puente por encima de dos periodos histórico-políticos generalmente pensados bajo el signo de la ruptura. Pero más aún, el entrecruzamiento ideado por el autor deja de subordinar la periodización literaria y cultural a la de los acontecimientos sociopolíticos, *sin dejar de tomar en cuenta la relevancia de los factores sociopolíticos* para la justa comprensión de los acontecimientos culturales.

En este nuevo marco conceptual, la historia —la de los historiadores, que al igual que la de los literatos es una construcción, una configuración y una reconfiguración de datos y sucesos— ya no se concibe como la “verdad” de la literatura o la cultura, ni mucho menos como aquello que “contiene” a éstas. Las prácticas literarias y culturales, y con ellas las que se avocan a su sistematización en el tiempo y el espacio, se presentan como otra forma particular de relacionarse con el mundo, y como otra forma particular de construir y reconstruir una historia que es, a la vez, la misma historia y otra historia muy distinta.

La historiografía literaria —y el libro de Fernando Curiel es obra historiográfica— tiene por función primordial la de transmitir y mantener vivos los lazos que unen nuestro presente histórico a su pasado, y la de contribuir así a la proyección imaginativa de expectativas razonables y razonadas hacia el futuro. Por causas que no viene al caso analizar aquí, la historiografía positivista terminó por convertir a nuestro pasado en un pasado muerto, y a su vez, el predominio de las perspectivas antihistoricistas en los estudios literarios y culturales ha contribuido a mermar el espacio de nuestras experiencias, dejando a las nuevas generaciones sin la sólida formación humanística que les permitiera ubicarse frente al avasallamiento de la industria cultural de masas. La búsqueda de nuevas formas para recrear los nexos vivos que nos unen con las generaciones que nos dieron vida, constituye, así pues, una necesidad apremiante. Estas formas nuevas están en buena medida por inventarse, y tendrán sin duda que ser múltiples y sumamente variadas. Pero no me

cabe duda de que *La Revuelta*, de Fernando Curiel, es desde ya una de ellas.

Facultad de Filosofía y Letras, 25 de febrero de 1999.

FRANÇOIS PERUS

*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.*

Elena Poniatowska. *Octavio Paz. Las palabras del árbol*. México: Plaza & Janés, 1998.

—¿Cómo te gustaría morir? —Desde luego que sin olor a santidad (105). Esa fue la respuesta que dio Paz a una de las tantas preguntas que le hiciera Poniatowska durante su continuo trato. En *Las palabras del árbol*, no sólo se rescata la voz del poeta, sino se transmuta la vida del mismo. Elena traduce lo que para ella significó una de las mayores presencias de las letras mexicanas del siglo xx, y para ello, hace uso de su particular punto de vista. Así, empieza con el impacto que le produjo *Libertad bajo palabra*, y en particular “Cuerpo a la vista”, en donde ciertas metáforas (como la siguiente: “bo-ca-del-hor-no-don-de-se-hacen-las-hos-tias...” (11) en la que se refiere al órgano sexual femenino), escocían el ánimo de Elena.

Poniatowska recurre a la segunda persona para narrarnos aquellos momentos que compartió con Octavio Paz. Además de crear un tono de intimidad, este tipo de narración busca un efecto de veracidad, pues pone al propio poeta como testigo de las escenas que recrea mediante su palabra. Estamos ante la construcción de un testimonio de una de las figuras más polémicas de la cultura mexicana hecho invariablemente a través del cuestionamiento: “¿Te acuerdas, Octavio?” (11). La respuesta nunca la sabremos, pero el juego retórico comienza.

Aunque la obra implique un diálogo con esas invocaciones a Paz, en realidad, no hay coloquio alguno. Sencillamente se abre paso al relato de una sola voz. Poniatowska se deja llevar por el flujo de las emociones y crea la narración sentimental del amigo extraviado, que para muchos sería la primera etapa de un conocimiento personal. De ahí que la autora parta de las remembranzas de esa juventud en la que el poeta ofrecía su auxilio a la iniciada. Se descubre, entonces, uno de los propó-